

GONZALO GINER

EL JINETE  
DEL  
SILENCIO

Hubo un tiempo en el que los reyes exigieron a los caballos ir a la guerra... y otro tiempo en el que los hombres buscaron en el alma del animal la máxima expresión de la belleza. La aventura de un insólito mozo de cuadras que descubrió la belleza en el alma del animal.

Yago había nacido dos veces y por sus venas no solo correría la sangre de los hombres, también lo haría el espíritu de los caballos. Fruto del amor prohibido entre una criada y un corrupto hacendado de Jerez, el aliento de un equino lo devuelve a la vida. Privado del amor de su madre, la vida de Yago no será fácil. Incapaz de comunicarse con los humanos, sufre un aislamiento interior que le hará víctima de todos los que le rodean. Conocerá el dolor y el hambre en su niñez, el horror de la esclavitud en su juventud, el miedo en un sanatorio psiquiátrico y una humillación constante. Pero Yago posee un don único: es capaz de expresar su riqueza interior a través de un animal: el caballo. Solo en las cuadras o sintiendo el viento a lomos de ellos, Yago recibirá el calor y la paz que los hombres le niegan. Abandonado por todos, el protagonista encontrará a un hombre que cambiará su existencia, Camilo, un fraile cartujo que sabrá leer en su mirada lo que otros no han querido ver: su ansia de amor. Camilo velará por él y se convertirá en el padre que nunca tuvo. El jinete del silencio cuenta la vida de un joven con síndrome de Asperger, en pleno siglo XVI, un tiempo de incompreensión.

Repleta de aventuras y personajes apasionantes —entre ellos el pintor Miguel Ángel Buonarroti, aquejado de su mismo mal— la novela nos traslada a la Andalucía de los nobles criadores de caballos, donde se encuentra una silenciosa Cartuja de la Defensa en la que entre rezos y clausura sus monjes se encargarán de poner la semilla de una raza de caballos para la eternidad. El jinete del silencio recrea el nacimiento del arte ecuestre y de una raza de caballos, esencia de la raza española. En pleno Renacimiento, el caballo se convierte por primera vez en un objeto de culto, y la equitación, en una disciplina artística. Yago triunfa en la vida gracias a su tesón y a la ayuda de los animales. Se trata de un personaje con limitaciones psicológicas que acaba superando sus propias barreras gracias a la ayuda de los animales.

Para Pilar, con quien comparto un amor  
que se ha ido tejiendo entre luces y claroscuros

# PRIMER ESCENARIO

Entornos de silencio

Jerez de la Frontera

Año 1522

## CAPÍTULO I

Yago nació retorcido.

Hubo que enderezarlo entre hábiles manos, como se pudo, y solo cuando le crujió la espalda lloró. Sin embargo, en un suspiro se detuvieron sus quejidos y se quedó inmóvil; tan quieto que los que lo rodeaban empezaron a temerse lo peor.

La mujer que había ejercido de matrona observó al recién nacido con preocupación. Empujó con un dedo su cabecita, oprimió su pecho, lo pellizcó y esperó un tiempo hasta que se dio cuenta de que no iba a obtener respuesta alguna.

El niño no respiraba.

De espaldas a la madre, Marta, su amiga, se sintió destrozada al sentir la muerte en sus brazos. Sin saber qué hacer con el cuerpo del recién nacido, respondió a su primer impulso y lo llevó hasta una valla de madera que cerraba un pequeño corral, en el establo donde se habían refugiado para ocultar ese parto. Con el único motivo de que la madre no lo viera y evitar así su sufrimiento, lanzó al niño al otro lado de la valla. Pero ni siquiera después del golpe el bebé reaccionó. Quedó tendido sobre un lecho de paja sucia que servía de cama a un viejo y achacoso caballo, que desde hacía unas horas observaba lo que estaba sucediendo a su lado.

El animal olisqueó a la viscosa criatura con curiosidad.

Aquel cuerpo arrugado e inmóvil le pareció diferente e interesante. Al principio se mantuvo a una cierta distancia, sin actuar, hasta que la quietud del niño lo tranquilizó. Solo entonces arqueó el cuello, se acercó hasta él, y resopló sobre su rostro una vez lo hubo olfateado por completo. Al escuchar un rumor de llanto al otro lado de la valla, se despistó unos segundos de su actividad, levantó el cuello y miró a las mujeres.

—Nooooo... —Isabel, la madre del pequeño, se encogió muerta de pena—. Mi pobre niño... —exclamó entre sollozos—. Ha muerto por mi culpa. Este no es sitio para venir al mundo...

El caballo, ajeno al sufrimiento de las mujeres, recuperó su interés por el extraño bulto que seguía inmóvil cerca de sus pezuñas. Lo empujó casi con mimo sin despertar en él la menor respuesta. Por eso, ya sin temor, comenzó a lamerlo a conciencia fuertemente atraído por su olor. Le recorrió el cuerpo de arriba abajo, y retiró sin dificultad su pegajosa y sanguinolenta envoltura hasta dejarlo limpio. Fue entonces cuando, de pronto, el pequeño estornudó, dio un respingo y abrió unos ojos que de inmediato se dirigieron a los del viejo animal.

Yago volvía a nacer.

El caballo relinchó con inquietud y dio dos pasos atrás. Sin saberlo, su masaje había conseguido despertar el frágil corazón del niño y lo había devuelto a la vida.

Yago, indefenso y sucio, recién llegado a este mundo, cerró los ojos, bostezó y apretó su pequeña mandíbula como reacción al agudo dolor que sintió en su espalda en ese momento.

Sin embargo, no era ahí donde residía todo su mal...

Él no podía saberlo todavía, pero había nacido extraño, y desde entonces todos le verían extraño.

Fue Isabel, su madre, la que, entre sollozos, escuchó el estornudo. Le llegó como si se tratase de un suave eco, apenas perceptible, pero suficiente para despertar su atención. La joven buscó en la expresión de Marta alguna explicación.

—¿Tú también lo has oído...? —Señaló el corral donde se encontraba el caballo.

Marta miró al animal desconcertada, sin comprender a qué se debían sus insistentes relinchos.

—Habrá sido ese jamelgo viejo y cabezón.

—No me refiero a él... Me ha parecido escuchar al niño... —El gesto de Isabel reflejó un brillo de esperanza. Le dolía todo, había agotado sus fuerzas en el nacimiento, pero a pesar de ello decidió atender la llamada de su intuición y se propuso averiguar de dónde había surgido aquel llanto. Se estiró la falda, que estaba recogida por encima del vientre, rodó de lado hasta ponerse de rodillas, tomó aire y consiguió levantarse aunque con extrema dificultad. Marta corrió a sujetarla, viendo que se caía. Las cuatro horas de parto habían consumido sus energías, pero no pudo contra el instinto maternal y su férrea voluntad. Apretó los dientes y dio un primer paso. El agudo latigazo de dolor que en ese instante surgió desde sus entrañas tampoco la frenó. Armada de una increíble determinación, siguió dando uno y otro paso hasta que recorrió la escasa distancia que la separaba de aquella valla. Marta no pudo evitarlo.

—¡Estás loca! —le recriminó—. Acabas de parir, te has dejado media alma en ello, y si no te has desangrado ha sido de milagro.

—Ha sido él, estoy segura. —Isabel se volvió hacia Marta—. ¿Por qué hiciste algo tan horrible?

—Yo... —carraspeó muy nerviosa— intenté evitar que tuvieras que verlo al estar... —a la mujer le costaba hablar debido al peso de la culpabilidad.

—Sé que sigue vivo... —Isabel tosió con debilidad.

Marta se quedó horrorizada al imaginar el efecto que le produciría ver al recién nacido muerto. Se preparó para ello. Sin embargo, como sabía que era una terca, decidió dejarla hacer. Se agarró a su cintura y la ayudó a llegar hasta la entrada del corral.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—¡Él me necesita!

Los ojos de Isabel recorrieron el pequeño recinto a una velocidad de vértigo hasta que lo vio, a su pequeño. Estaba tendido sobre un sucio lecho de paja enmohecida, encogido, pero para su alegría el niño movía sus diminutas piernas y respiraba. Desbordada de emoción, entró al interior de la cuadra con una renovada agilidad nacida del deseo de tenerlo cuanto antes en sus brazos. Su corazón solo tenía un destinatario: aquel niño, por eso no temió la presencia del caballo aunque este reaccionara con inquietud.

—No comprendo cómo se te ocurrió... Has podido matarlo... —La severa expresión de Isabel mientras se dirigía a Marta desprendía un firme reproche.

—Pero, pero si estaba muerto... —Se santiguó incrédula—. No entiendo qué ha podido pasar...

El animal reaccionó a la cercanía de Isabel con un primer bufido, pero como no recibió respuesta de la intrusa resopló con furia. Sus cascos golpearon el suelo, se revolvió sobre sí mismo y terminó alzando los miembros delanteros con intención de caer sobre Isabel. No estaba dispuesto a dejarse robar una criatura que ahora consideraba suya.

Al advertir lo que podía suceder, Marta acudió en ayuda de Isabel y se interpuso entre el animal y su amiga, con la mala suerte de que toda la violencia del caballo cayó sobre ella. La madre, sin embargo, protegiendo al niño entre sus brazos, consiguió esquivar al animal y salió del corral antes de que este intentase cerrarle el paso. El caballo pateó la valla furioso.

—¡Marta, corre! —gritó aterrorizada al verla tirada en el suelo y acorralada por el animal. Buscó algo con lo que asustarlo pero no encontró nada a mano.

—No me dejará salir... Ve a pedir ayuda —le gritó Marta.

Isabel, con la respiración acelerada, pensó qué podía hacer. El caballo bufaba sin parar, nervioso, hasta que de pronto se cruzaron sus miradas, entonces ella sintió un impulso, irracional, como una extraña cercanía hacia él y entendió de repente qué tenía que hacer. Perdió todo temor hacia el caballo, y ante el asombro de Marta entró de nuevo en la cuadra llevando al niño entre sus dos manos. Incapaz de explicarse por qué lo hacía, se lo mostró en un gesto simbólico de gratitud, como reconociendo sus derechos hacia la criatura.

El caballo acercó el morro hasta casi tocar la cara del pequeño, con una expresión pacífica en sus ojos, bajó la cabeza y le demostró su absoluta entrega.

Isabel, con la respiración contenida, manteniendo a su hijo a tan solo dos dedos del viejo corcel, vio como sus ollares rozaban la inocente frente del bebé hasta posarse en ella, bendiciéndolo, como si lo besara. Aquella escena provocó en la madre una sacudida de calor que sintió recorrer su espalda en un cúmulo de extrañas pero agradables sensaciones. También estaba recibiendo parte de la energía que notaba fluir entre dos seres tan diferentes.

Y fue en ese momento, tan intenso, cuando vio con claridad que el futuro de su hijo nunca le iba a pertenecer al completo, pues no solo ella le había dado la vida. Una dolorosa y pesada lágrima resbaló por su mejilla como prueba de su convicción.

Yago había nacido dos veces, y por sus venas no solo correría la sangre de los humanos, también lo haría el espíritu de los caballos.

## CAPÍTULO II

Aquel embarazo no tenía que haberse producido nunca.

La culpa la tuvo el hambre que había padecido la ciudad de Jerez en los últimos cuatro años, la inconsciencia de Isabel y la escasez de trabajo para gente de tan baja procedencia social como la suya.

Sin embargo, la muchacha tuvo suerte.

Seis meses antes de saber que esperaba un hijo, había empezado a trabajar como dama de compañía de doña Laura Espinosa, gracias a la recomendación de una prima carnal que tuvo que abandonar la casa debido a una rara enfermedad.

Tras dos meses de aprendizaje, Isabel se sintió cómoda con sus obligaciones y afortunada de tener un lugar que le proporcionaba comida y lecho. Era verdad que en aquellos primeros tiempos todo le gustaba, se sentía útil y bien tratada, en paz con ella misma y con su entorno.

Su señora era poco agraciada, algo áspera en el trato y hasta en ocasiones demasiado estricta, pero a pesar de todo, Isabel no había tenido demasiadas dificultades para adaptarse a ella. Entre la servidumbre, corría el rumor de que su mal carácter se debía a la frustración por no haberle dado un hijo todavía a su marido. La descendencia no llegaba y nadie sabía si se debía a la diferencia de edad, doña Laura era cinco años mayor que su esposo, o a las escasas oportunidades que el matrimonio tenía para encontrarse, dadas las largas ausencias de don Luis.

La realidad era que doña Laura amaba a su marido hasta dolerle el corazón, y tan fuerte era ese sentimiento que cuando él estaba, ella era otra persona. Aparecía entonces una mujer bondadosa, determinada, y siempre comprensiva con la servidumbre. Quien la conocía sabía además que era despierta para los negocios, inteligente, amante de la lectura y, por encima de cualquier otra cosa, muy piadosa. Acudía todas las mañanas a escuchar misa en el vecino monasterio de la cartuja, donde era conocida su generosidad hacia la institución y entre los menesterosos que la esperaban a sus puertas.

Sin embargo, la desgracia apareció demasiado pronto en la vida de Isabel, y lo hizo coincidiendo con la vuelta del señor a la hacienda tras ocho largos meses de viaje como miembro de la corte del emperador Carlos.

Hasta ese momento todo había sido perfecto.

Isabel hacía balance de lo sucedido el último año mientras Yago ronroneaba entre sus brazos, en aquel establo oscuro y frío. Todavía se preguntaba por qué se había dejado arrastrar por sus instintos de la manera que lo hizo. Lo había pensado infinidad de veces. Unas veces le echaba la culpa a su propia juventud y a la inconsciencia de sus pocos años, y otras a un deseo que era bastante habitual en ella, el de querer ser lo que no era, el de parecer una señora cuando tan solo era una plebeya. Pero quizá también tuvo bastante que ver lo apuesto que era aquel hombre.

Don Luis Espinosa era muy alto, más de lo común, y solo por eso llamaba la atención, pero lo que a Isabel le sedujo sin medida fueron sus ojos azules, tan nítidos y limpios que

desde el primer momento en el que se posaron sobre ella, le resultó imposible sustraerse a su poder de atracción. Y a pesar de saber que era un hombre prohibido sucumbió a él.

Cuando le escuchaba hablar, su voz era tan grave y su tono tan profundo que podía sentir sus palabras penetrando en su cuerpo, hasta hacerla vibrar. Nunca había visto a un varón así. Poseía un recio carácter, propio de un guerrero, pero a la vez la pasión desenfadada de un amante. Y se enamoró perdidamente de él.

A partir de entonces su deseo de conquista se forjó como si se tratase de una auténtica obsesión, una necesidad vital, casi como respirar o comer, y pronto nacieron en ella los primeros intentos de seducción. Cada vez que se cruzaban sus miradas, Isabel le mandaba sutiles guiños, que poco a poco fueron reflejando una mayor sensualidad. Después buscó fugaces roces a su paso, suspiros que arrancaban esperanzas en él, encuentros en pasillos que se ralentizaban deliberadamente, mientras se observaban, hasta que consiguió al fin captar su deseo por completo.

Y una noche, pocas semanas después de haber regresado don Luis Espinosa de su viaje, la buscó y ella le entregó su cuerpo, su juventud, su lozanía, y en realidad hasta su alma.

En aquel lecho, a la vez que perdía la inocencia, Isabel llegó a sentirse poderosa. Le pareció que entre ellos se abría como un nuevo mundo, un tiempo fuera del tiempo, un lugar donde él se entregaba por completo a ella hasta sentirle solo suyo, pero Isabel nunca pudo imaginar lo breve que iba a resultar esa aventura. Su brusco final llegó de forma tan sorprendente como dolorosa, después de haber sido amada en media docena de ocasiones, porque un buen día don Luis ensilló su caballo y se dirigió hacia el norte sin ni siquiera despedirse de ella.

Al ver ahora el fruto de aquel pecado entre sus brazos no se arrepentía de nada. Lo besó con infinita ternura transmitiéndole su incondicional amor, casi eterno, y decidió que a pesar de las dificultades pasadas, del embarazo en secreto y del desprecio de don Luis, se sentía bien pagada.

La inesperada aparición de una sobrina de Marta en el establo cortó el hilo de sus pensamientos.

—La señora Laura anda preguntando por ti y al parecer está muy enfadada...

La noticia sobresaltó a Isabel al ser consciente de lo tarde que era. Cualquier otro día habría terminado ya de arreglar a su señora antes de dejarla en su dormitorio. Destapó la cabecita del niño, lo miró con pena por tener que abandonarlo durante un rato, y al tratar de levantarse evidenció tantas dificultades que la recién llegada se prestó a ayudarla. Entonces fue cuando la chica, extrañada, descubrió que entre los brazos llevaba un niño cubierto con un paño. A causa de la sorpresa se quedó paralizada, sin poder creer lo que estaba viendo. Pero la dulzura del pequeño consiguió que sus manos terminaran buscándolo y que sus ojos se humedecieran de emoción.

—Pero ¿de dónde ha salido esta preciosidad?

La perplejidad de la muchacha no dejaba de ser una reacción natural, dado que Isabel había ocultado a todos su embarazo, a todos menos a Marta. Se trataba de un asunto grave que de ser descubierto le haría perder el trabajo y provocaría un escándalo formidable.

El hecho de actuar de esa manera había arrastrado consigo muchas complicaciones, sobre todo durante los últimos meses, cuando esconder su abultado vientre resultaba casi imposible. Para simularlo, cada mañana se enfundaba con una ancha faja de tela forrada de esparto. Se la ceñía con tanta fuerza que apenas se apreciaba una ligera hinchazón. Entre eso y la ayuda de una falda de volante ancho pudo mantener su trabajo, no inquietar a su señora más de la cuenta, ni sembrar dudas sobre las posibles paternidades del niño, pero sobre todo consiguió evitar que sintieran compasión por ella.

Quizá eso era lo que más le importaba.

Desde pequeña había escuchado a su madre decir que a los ojos de Dios su alma valía lo mismo que la de un rey, o que la del noble más poderoso. Con esa filosofía Isabel creció sintiéndose siempre orgullosa de lo que era, fuera mucho o poco, pobre o afortunada. Aquella enseñanza, grabada a fuego en su alma, hizo que se considerase tan digna de respeto como cualquier otra, a pesar de las miserias que hubiese padecido su familia, o las que conociera en el futuro.

—Te ruego que no se lo cuentes a nadie, repito, a nadie. —Isabel buscó en la mirada de la joven el necesario compromiso. Ella le respondió con la mano en el corazón.

—Lo juro, seré una tumba.

Isabel, aliviada por su respuesta, acarició el mentón de Yago y lo besó en la frente. El cálido abrigo de su madre era el perfecto refugio para un niño que en su corta existencia había estado más cerca de la muerte que de la vida. La expresión de paz que ahora reflejaba su rostro invitaba a quedarse a su lado para siempre, a disfrutar de él, pero el aviso de la sobrina seguía sobrevolando en la mente de Isabel. Marta, que la conocía muy bien, imaginó qué iba a hacer.

—Ahora he de ir a ver a mi señora.

—Por más que te insista, sé que vas a hacerlo igual, pero no estás en condiciones de trabajar. Invéntate cualquier excusa y vuelve cuanto antes al lado de tu hijo.

—Haré lo que pueda, no lo dudes. Como entenderás, no me apetece nada separarme de él, y además todavía he de llevarlo hasta la casa de mi hermana Aurelia, en Sanlúcar. A pesar de que, como sabes, me ha costado mucho persuadirla, al final se hará cargo del niño mientras yo no pueda cuidarlo.

Isabel lo dejó en brazos de Marta y caminó hacia la salida del establo. Consciente de su deplorable aspecto, se ajustó la camisola, ciñó su cintura con un ancho fajón y escogió dos paños limpios, que metió bajo la enagua para evitar complicaciones. Tiró de la falda con energía para disimular las arrugas, le devolvió un poco de color a sus mejillas con unos cuantos pellizcos y se recogió el pelo con una cinta.

—Doña Laura no va a notar nada...

A punto de abandonar el establo, buscó la cabecita del niño, y se despidió de ellas con la mano. Atravesó un desvencijado portón y forzó el paso tratando de disimular el agudo dolor que le atacaba en las entrañas, rota de pena al tener que dejar a su hijo sin haberlo casi visto.

Una vez en el exterior, sintió los efectos de una fresca brisa como un inmediato alivio a su acaloramiento, miró al estrellado cielo en aquella noche abierta y elevó su pensamiento hacia él, agradecida por el regalo de haber tenido a Yago. Se prometió que podría con todo, tuviera los problemas que tuviera o las dificultades que se le presentasen. Ella conseguiría sacar adelante a su hijo, aunque no tuviera padre. Atravesó el patio en el que confluían los almacenes y la bodega de la familia Espinosa aspirando el aroma a mosto y hollejo fermentado de la reciente vendimia.

Los Espinosa poseían una enorme extensión de tierras al norte de la ciudad de Jerez, casi todas sembradas de vid. Cuando llegaba el tiempo de la cosecha contrataban a muchos hombres y mujeres de la comarca, pero era tanto el trabajo que terminaban ayudando todos, incluida la servidumbre. Y ella, aquel año, había sido una más a pesar de su avanzado estado de gestación. Todavía recordaba los pinchazos que le atravesaban la espalda mientras pisaba la arenisca rojiza del suelo y recogía los centenares de racimos, o durante el prensado al añadir a pulso sobre los mimbres la uva ya pisada.

Con esos pensamientos, la muchacha entró en la gran casa por la puerta de las buganvillas y subió las escaleras con dificultad, apoyándose en las paredes. Se detuvo unos segundos a las puertas del dormitorio, tomó fuerzas de no sabía dónde, y mientras

tocaba con los nudillos pidió permiso con voz dulce.

—¡Adelante, pasa!

La voz de doña Laura demostraba un fuerte estado de irritación.

—Me he despistado en la cocina, os pido disculpas.

—¿Disculpas? —Sus ojos se inflamaron de rabia—. Lo único que tienes que hacer a estas horas es ayudarme. No sé qué puedes haber estado haciendo para olvidar tus obligaciones —las palabras brotaban de su boca repicando, como si fuese el sonido de una campana.

Empezó a cepillarse la melena con energía.

Un prolongado silencio contuvo la respiración de ambas mujeres. Isabel conocía a su señora y supo que estaba midiendo sus siguientes palabras.

—Lo que me pasa es que soy demasiado condescendiente contigo. —Lanzó enfadada el cepillo sobre la consola—. Debería castigarte cuando incumples tus obligaciones, pero nunca lo hago.

Isabel lo recogió del suelo y empezó a peinarla con más delicadeza de la habitual. Una aguda punzada le retorció las tripas. Tuvo que cerrar los ojos y apretar la mandíbula para no gemir de dolor.

—De nuevo le ruego que me perdone... No será necesario ningún castigo, no volverá a suceder.

—Me gustaría saber a qué inútil tarea has estado dedicada todo este tiempo. —Doña Laura resopló enfadada—. Seguro que en alguna bobada...

Isabel se vio en el establo, tirada en el suelo, invadida de dolores en un parto que había sido interminable, y recordó con pavor el momento en que había creído a Yago muerto.

—Una bobada, sí...

El tono irónico de su respuesta despertó la ira en la mujer, que se levantó fuera de sí. Le recordó a voces la cita que tenía aquella noche en casa de los Martín Dávalos, y el poco tiempo de que disponía para organizarlo todo.

—Necesito depilarme, un baño, empolverar mi cuerpo, arreglar mi peinado, elegir vestido y un montón de cosas más que tendré que hacer a toda prisa porque mi irresponsable dama de compañía ha decidido hoy perderse en tonterías. —Tomó aire y siguió—. De momento recoge la ropa y trae agua caliente; necesito relajarme. ¡Ah!, y que no se te olvide el aceite de rosas.

Isabel comprobó con horror la cantidad de vestidos esparcidos por el suelo del dormitorio y calculó los efectos que provocaría sobre su deteriorado estado de salud tener que agacharse tantas veces.

—Y además te recuerdo... —la mujer prorrumpió de nuevo en su amonestación— que para trabajar como dama de compañía has de cuidar algo más tu aspecto. Hoy vas muy descuidada, no se me ha escapado... —Se dejó caer sobre la silla de forma pesada y estiró los pies. Había abandonado la idea de esperar nada mejor de esa chica.

Cuando Isabel empezó a agacharse para recoger la ropa, un sudor frío le recorrió la nuca. Cada vez que flexionaba las rodillas, su vientre se veía sacudido por un terrible latigazo que casi le cortaba la respiración. Para empeorar aún más las cosas, en una de aquellas flexiones que repetía una y otra vez, empezó a notar que algo húmedo y caliente le corría por las piernas. Desde ese momento no paraba de mirar su falda cada poco tiempo, por si la sangre traspasaba la ropa.

Cada uno de los encargos que doña Laura le fue ordenando se convirtió en una terrible prueba de resistencia. Tuvo que llenar la pila para su baño con más de veinte pesados cántaros de agua, pero lo cumplió, despacio, con extremo cuidado, como todo lo que le